Javier Molina en los tiempos de sus grandes triunfos

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

JEREZ DE LA FRONTERA VA A RENDIR HOMENAJE A Javier Molina

o FUE EL MAS GRANDE "TOCAOR" FLAMENCO DE TODOS LOS TIEMPOS

Texto: A. A. CABALLERO
(Coprensa)

Dígame 3/9/68

EN el VI Curso de Arte Flamenco que la Cátedra de Flamencología de Jerez va a celebrar en estos primeros días de septiembre, se rendirá homenaje al gran guitarrista flamenco Javier Molina, de quien se acaba de cumplir el primer centenario de su nacimiento.

Javier Molina nació el 4 de mayo de 1868 en Jerez de la Frontera. En el número 28 de la calle de la Merced, en una casa que aún existe y donde una placa colocada por el Ayuntamiento honra su memoria, llamándole "El brujo de la guitarra".

Fue Javier Molina Cundí, probablemente, el más grande "tocaor" de guitarra que ha tenido el arte flamenco en toda su historia. Cómo llegara a serlo es cosa no bien conocida, porque nunca él se mostró muy explícito acerca de ello. Parece indudable que Javier tuvo que conocer muy bien los toques grandes de las máximas figuras anteriores a su propia época: fundamentalmente el maestro Patiño y su discípulo Paco Lucena.

En todo caso, su etapa de aprendizaje debió ser breve y muy circunstancial, pues a los ocho años ya le encontramos haciendo sus primeras actuaciones públicas acompañando a un "señor ciego que tocaba el violín", propietario de un teatro ambulante, instalado en la antigua Alameda Vieja de Jerez, en el que se daban representaciones de guiñol, cuyos entreactos amenizaban la guitarra de Javier y el violín del amo. A Molina le placía hacer constar siempre que tenía ocasión cuál había sido su primer sueldo entonces: dos pesetas diarias.

Tres o cuatro años más tarde ya daba lecciones, menester éste del que Javier se mostraba orgulloso; tanto era así que en sus tarjetas de visita lo único que constaba era eso: "Profesor de guitarra. Lecciones a domicilio." Al mismo tiempo actuaba en el cuadro flamenco del café cantante que Juan Junquera tenía en la Vera Cruz, en compañía de su hermano Antonio, un discreto "bailaor" que murió joven sin haber alcanzado gran notoriedad.

Por aquellos tiempos es cuando hacen amistad con Antonio Chacón, un muchacho que iba para zapatero, pero que tenía pasión por el cante y que con el tiempo llegaría a ser también una figura cumbre. Los hermanos Molina y Chacón se convirtieron en un trío inseparable, pronto popular en Jerez. Sin embargo, el cante de Chacón no gustaba al principio; Jun-

a instancias de los Molina, pero tuvo que despedirlo antes de terminar los días contratados porque no gustaba.

Esta fue la causa de que los tres muchachos se lanzaran a los caminos, allá por los años ochenta del pasado siglo, en una gira memorable, que comprendió varias provincias andaluzas. "Eramos dignos de ver—escribiría, ya viejo, el propio Javier, recordando aquella aventura—. Chacón, con un lío y sus alpargatas; mi hermano, con una maleta en las espaldas a manera de mochila, y yo, con mi guitarra y las botas de los tres, y la merienda. Antes de entrar en los pueblos, merendábamos debajo de las alcantarillas de las carreteras. La merienda se componía casi siempre de pan, queso, morcilla, chorizo, alguna vez carne y pescado, y en las posadas, muchos guisos de arroz con bacalao y pimientos. En las alcantarillas nos poníamos los trajecitos de trabajo y las botas, para entrar en los pueblos decentitos..."

Por el norte llegaron hasta Zafra; por el occidente, hasta Ayamonte; por el sur, a Cádiz. En Zahara, un señor regaló a Antonio Molina unas botas, al ver el mal estado de las suyas. En la feria de Villamartín les pagaban por día siete duros a los tres, más lo que pudieran recoger del público; una buena contrata, arreglado a lo que valían, según Javier. Allí pasó su hermano Antonio dos o tres días en la cárcel por una reyerta que tuvo con un señorito que no quería pagarles. Después de esto, los hermanos querían volverse a casa, pero Chacón ni pensaba en ello:

—Vamos adelante, porque esto que nos ha pasado aquí no se repetirá.

El trayecto de Sevilla a Zafra lo hicieron en un carro cargado de bacalao y tardaron tres o cuatro jornadas. El trayecto de Bienvenida a Guadalcanal lo hicieron en burro; Chacón se cayó y se asustaron mucho, pues creyeron que se había lesionado gravemente, pero, por fortuna, no había sido así.

De nuevo en Sevilla, los Molina plantean otra vez la cuestión del regreso a Jerez.

—Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Nos vamos a casa?

Pero Chacón era un motor que no daba marcha atrás.

—Vamos a recorrer la provincia de Huelva—dijo.

Y así lo hicieron, empezando el viaje en tren, pues tenían ya un fondito que les permitía esos "lujos".

En Huelva hicieron amistad con

do, a quien llamaban Salvaoriyo. Sus consejos les sirvieron de mucho a nuestros tres muchachos, sobre todo a Chacón, que aprendió de él algunos de sus mejores cantes. Esto les obligó a estar más tiempo del previsto en Huelva, y sin trabajar, con lo que sus recursos se iban acabando. Por ello, Salvaoriyo les dijo un día:

—¿Por qué no vais a Isla Cristina? Allí son muy aficionados al cante y a la guitarra, y ganaríais todas las noches buen dinero. El viaje lo podéis hacer por la mar; salen parejas de pescadores y les llevarán a ustedes por poco más de nada.

Efectivamente, resultó así, y en Isla Cristina estuvieron tres o cuatro meses, gracias a lo que gustó su arte y a un carnicero llamado Rojas, que les albergó gratuitamente en su casa después de verles actuar una noche. "Porque hay que advertir que en aquel tiempo—escribiría Javier—el que nos daba cinco duros nos hacía un gran regalo. Regalo extraordinario, y de esos regalos teníamos muchos. Pues ya escasearon los conciertos en los que pedíamos con la batea al público, por la razón de que teníamos a cada instante avisos particulares..."

Esta gira fue trascendental tanto para Javier Molina como para Antonio Chacón, pues no sólo avanzaron extraordinariamente en su arte, sino que adquirieron una experiencia que habría de serles valiosísima. Al regreso a Jerez, ya reclaman a Chacón desde Cádiz, y a partir de este momento, la vida de ambos grandes artistas transcurre por distintos derroteros, aunque siempre mantuvieron la fraternal amistad que les unió de niños.

Javier hizo con su hermano otras pequeñas salidas por la región, y poco a poco se va afianzando su fama de extraordinario "tocaor", siendo llamado a actuar prácticamente en todos los cafés cantantes que abrían sus puertas entonces. En la edad de oro de este tipo de establecimientos, que llenaron una época del arte flamenco, Molina era solicitado temporada tras temporada en los más importantes, tales como el Kursaal, el Novedades, el Olimpia y el Filarmónico de Sevilla, o bien La Primera, Capuchinos y Vera Cruz, de Jerez. Ya comienza a interpretar sus "solos", por los que tenía especial predilección y de los que ciertamente abusaba, pues aprovechaba la mínima oportunidad, viniera a cuento o no, para "colocar" su número. Lo curioso es que Molina no dedicaba su arte a interpretar los antiguos toques flamencos, que—como muy bien dice Augusto Butler—él tuvo que escuchar cien veces a Patiño, Arcas, Lucena y Habicuela, sino que hacía arreglos de las óperas y zarzuelas entonces en boga.

Un episodio poco conocido de la vida de Molina es la formación del dúo Los Crevolina con el guitarrista Pepe Crévola. Montaron una serie de números que interpretaban a dos guitarras, pero no tuvieron suerte. Tras fugaces actuaciones en Ecija, Puerto de Santa María y San Fernando, Los Crevolina pasaron a la historia.

Javier Molina actuó con las máximas figuras de una época del flamenco pródiga en nombres excelsos. Fue "tocaor" favorito de Manuel Torre, Chacón, La Niña de los Peines, Manolo Caracol (que entonces era el Niño de Caracol), recién llegado a la fama tras ganar un primer premio en el Concurso de Cante Jondo de Granada de 1922, Cojo de Málaga, Manuel Centeno, El Mezcle...

En 1930 fue uno de los cuatro "tocaores" que intervinieron en la fiesta monstruo que don Juan Pedro Domecq organizó en "El Majuelo" para celebrar el segundo centenario de la casa Domecq. Fue una fiesta flamenca de la que se habló por mucho tiempo. De Madrid acudieron para actuar Isabelita de Jerez; su marido, Pepe Durán (El Tordo); su hija, la hoy famosa "bailaora" Rosa Durán, y el guitarrista Perico el del Lunar; de Cádiz fueron el "tocaor" Capinetti y Aurelio Sellés, uno de los grandes patriarcas del cante, que aún vive, y de Jerez actuaron, entre otros, Luisita Requejo, La Pompi, el Niño Gloria... A las cuatro de la mañana se incorporó el genial Manuel Torre, que había estado actuando en otra fiesta; subió al "tablao" con Molina y le dijo:

—Javier, pónmela en el cinco por siguiriyas...

El gitano Manuel Torre ha sido el mejor intérprete de siguiriyas de todos los tiempos. Quienes le oyeron aquella noche, acompañado por la "sonata" de Molina, no han podido olvidarlo aún. El poeta Julián Pemartín escribió:

¿Podrá ser, noche divina,
que en mi recuerdo te borres?
Y tocaba Javier Molina,
y cantaba Manuel Torres...

¡Ahí es nada!: juntos dos de los colosos del arte jondo, y en una noche de inspiración.

Por los años cuarenta o cuarenta y uno fueron ya las últimas actuaciones públicas de Javier Molina, que continuaba dando lecciones de guitarra. Murió, casi nonagenario, el 26 de junio de 1956, en el número 9 de la calle Prieta,